

que haya obrado en esta unción más altamente que vosotros habéis alcanzado á concebir? La prudencia de espíritu estriba en la pureza de la humildad y quien la tiene sus acciones examina; no acusa las ajenas, en especial cuando las veis calificadas con mi silencio; pues este en un juez, es aprobacion; pudierais acordaros de que en otras dos ocasiones he defendido á María, acusada la primera de Simeon y la segunda de Marta, para no aventurar vuestra modestia en censurar lo que yo pudiera defender.

»Salid, pues, de la ignorancia que os tiene turbada y sacada de sus ejes la razon y la advertencia, y sabed ya que esta mujer en el precioso baño que me dió se os ha aventajado distancias infinitas; porque vosotros pusisteis la consideracion en este comun linaje de mendigos que por culpas ó desgracias padecen la calamidad de la pobreza; pero María fijó los ojos con divina luz en mí al tiempo que me han de sepultar depuesto de la Cruz: seré entonces el más pobre de los hombres, pues me acompañarán no más que oprobios de mis enemigos y lágrimas de los que me quisieren bien, pero no los aromas necesarios para ungirme y sepultarme en aquel desamparo y soledad.

»Deseará entonces María hacer en mi persona estos obsequios, pero no se lo concederá la Providencia; porque así en la muerte como en la vida conviene que dé al mundo ejemplares de desprecio de lo que él estima. Obró, pues, este piadoso oficio ahora, cuando se le permite y cuando puede: vivo y sentado á la mesa me veis todos; más ella con luz superior me vió difunto, y como si la advirtieran que cuando el viérnes haya espirado como facineroso en una cruz, no podrá ungirme con la mirra y al aloe, se anticipó hoy á bañarme con el inestimable nardo que visteis quebrando el alabastro, porque habiéndome ungido ya difunto no tiene á quien servir, allí pararon las demostraciones y finezas de su amor.

«Poned ahora en balanza vuestros afectos y los suyos; y os avergonzareis de haberla notado y comenzareis á desear haberla seguido antes que á Judas, porque María obró esta piedad con un pobre, que juntamente es Dios, y por este derecho sube de la esfera de misericordia á la de divino culto y religion; considerad la diferencia y añadid que de esos pobres comunes tendreis muchos siempre á la mano, pero no á mí en esta forma de menesteroso, y esta mujer advertida de circunstancia tan sublime no ha querido malograr esta ocasion de socorrerme pobre mientras lo soy, y en premio de estas finezas de su amor y urbanidades de su fe, donde quiera que se publicare mi Evangelio se referirá juntamente con veneracion lo que esta mujer ha hecho en esta sala para memoria eterna suya.

CAPITULO XII

ENTRA JESÚS TRIUNFANDO EN JERUSALEM

EN domingo que sucedió al sábado en que recibió Jesús este hospedaje en Betania, salió de ella con sus discípulos camino de Jerusalem; y habiendo llegado á una villa que estaba al paso cerca del Monte de las Olivas, llamada Betsagé, escogió dos de sus Apóstoles, que fueron Pedro y Juan y les dió esta orden: «Id á aquel castillo que está frontero de vosotros (señalándosele con la mano) y entrando en él hallareis una jumentilla con su hijuelo atados ambos: desatadlos y traedmelos aquí: y si alguna persona lo quisiere defender, le responderéis: «El Señor necesita de estos animales,» y en oyendo esto, con agrado y rendimiento os permitirá que los traigais; porque en vuestra voz oirá á mi omnipotencia.»

Fueron los discípulos, y conforme lo que él es habia dicho Jesús hallaron en el castillo frontero de Betsagé los jumentos y llegaron sin miedo á desatarlos; preguntaron á los Apóstoles los dueños del cortijo con qué autoridad lo desataban. Respondieron: «Por que el Señor los ha menester, y nos mandó se los llevásemos.» Oído esto, sin replicarles se los dejaron llevar. Trajeron pues, la jumenta con su hijuelo; y habiéndola preparado con sus capas, hicieron que subiese en ella Jesús, novedad que nunca le habia acontecido; porque en toda su peregrinacion habia siempre caminado á pié. Pero entonces se cumplió la profecía que dijo: «No temas, hijo de Sion (así llamaban á Jerusalem) pues ya ves á tu Rey tan manso y tan humilde que viene á visitarte sentado sobre una jumentilla.»

Obraron esto los Apóstoles gobernados por interiores mociones y misteriosos impulsos de la Divinidad de Jesús que se lo ordenaba; reservando por entonces para sí el conocimiento de las providencias que contenia aquel desacostumbrado estilo de caminar á caballo y entrar con pompa en Jerusalem, cuando tan apercebidos tenia á sus Apóstoles de que iba á ella á padecer muerte afrentosa. Pero habiendo en aquella ocasion ejercitado á sus discípulos en obediencia ciega, despues de resucitado los manifestó las conveniencias que habia tenido entrar con aparato de Rey en la ciudad, que dentro de tan cortos plazos, ingrata y aleve le habia de poner en una Cruz.

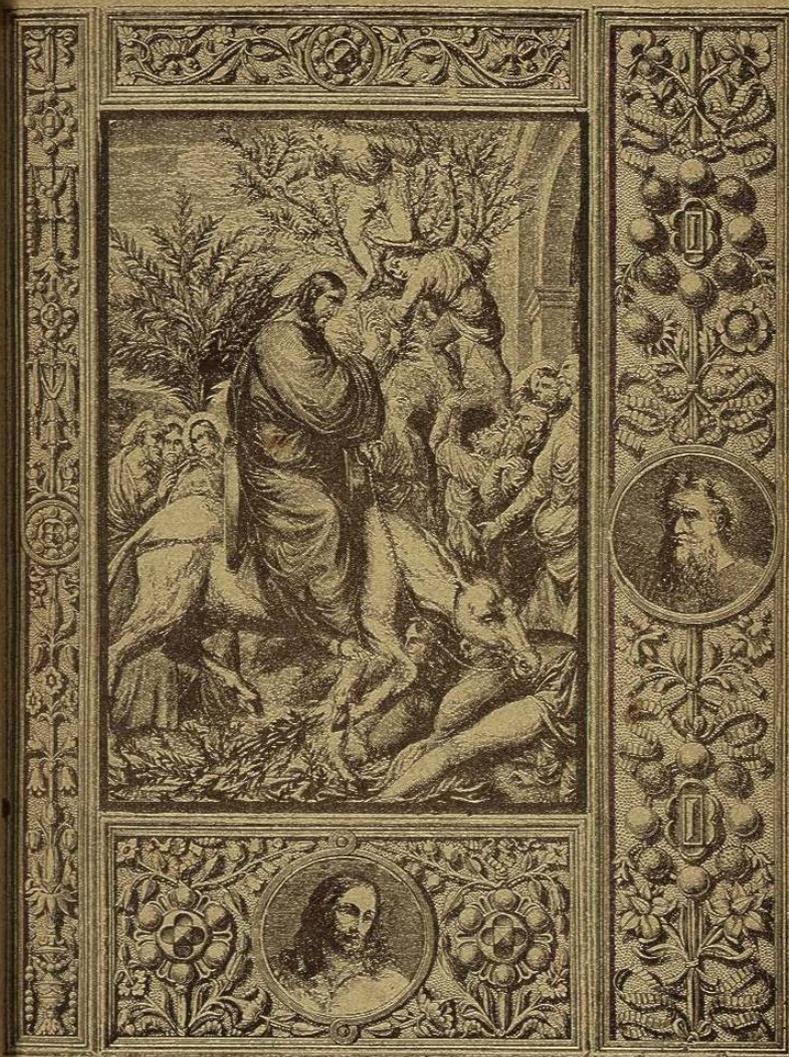
Yendo pues caminando en esta forma Jesús con sus Apóstoles desde Betsagé, subió el Monte de las Olivas, que era camino para descender al valle de Josafat inmediato á Jerusalem; por cuya vega pasa el arroyo de los Cedros. Así como Jesús desde la eminencia de aquel monte dió vista al valle, innumerable concur-

so de hombres que le acompañaban tendían sus capas por el suelo en el camino por donde había de pasar en vez de alfombras; pero otras grandes tropas de gente, sabiendo que Jesús venía á Jerusalem, le salieron al encuentro y cortando ramos de palmas y olivas le recibieron con ellos en las manos, alabando á Dios con público y solemne regocijo, repitiendo á voces los milagros y obras heroicas de santidad que en su presencia había hecho Jesús; y así los que en el triunfo iban delante de él, como los que le seguían, clamaban á Dios con afectos cordiales, y decían: «Salva Señor, y prospera al Hijo de David, nuestro Mesías: Bendito sea el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor. Bendito sea el que con su persona nos trae el Reino de nuestro Padre David; en cuyo dichoso Imperio gozaremos la paz en la tierra y en los Cielos la gloria que esperamos.»

Hasta aquel momento no habían visto las edades semejante linaje de triunfo: especies si, varias de bestias de las provincias debeladas, leones, panteras, elefantes, curiosos ornamentos y divisas de capitanes y soldados, se vieron en las triunfales pompas de los Césares, Pompeyos y Alejandro; pero ramos de palmas y olivas jamás ennoblecieron las de Monarcas Gentiles ni Judíos; siempre sirvió con sus despojos la palma á triunfos sacrosantos; ellos eran el ornato de la solemnidad de los Tabernáculos que llaman Scenopejia, y con ellos celebraron Simon y Judas Macabeo la restauracion del Templo profanado antes por las idólatras naciones. Era pues, el triunfo de Jesús un soberano geroglífico en que publicaba el Cielo, que el Rey que entraba en Jerusalem, aunque lo era natural de los Judíos, tenía por naturaleza la Divinidad.

Concurrió con este título otra sagrada ceremonia que entonces puso por obra Jesús. Porque según la ley de Moisés, el décimo día del mes Nisan de cuyas porciones una correspondía á nuestro Marzo y otra á nuestro Abril, el padre de familias debía traer de la manada á la ciudad y á su casa el cordero que él había de sacrificar y comer con los de su familia á catorce del mismo mes. Considerábase Cristo Padre de familias de todo el linaje humano y juntamente cordero, que por el rescate de los hombres (como antiguamente por la libertad de Egipto el material) había de ser sacrificado el viernes; cuya solemnidad Pascual comenzaba el jueves siguiente por la tarde, cuando se había de dar á comer á sus discípulos, y en ellos á los hombres para todas las edades; y así determinó el domingo antes, día décimo del mes de Nisan, traerse á sí mismo como cordero y víctima de aquella Pascua, con que había de quedar aplacado el Padre Eterno, depuestos los enojos; y así entró en Jerusalem con festiva pompa y aplausos generales.

Entre estas regocijadas aclamaciones refrescaban los que asistían á Jesús en sus triunfos la memoria de la resurreccion de Lázaro, que como tan milagrosa y reciente conmovía con vehemencia los ánimos, refiriéndola los que se habían hallado presentes con sus más memorables circunstancias, y dando vista á las maravillas todas de Jesús, consideraban que siempre ha-



ENTRADA EN JERUSALEN

bia empleado su poder en sanar sus enfermos, libertar sus endemoniados, dar vida á sus muertos, alivio y consuelo á todos; y con estas atenciones levantaban hasta el cielo las alabanzas de Rey tan benigno y amoroso con su gente, coronándole Monarca de ella en sus pechos, teatro donde preside entre seguridades la verdad.

Pero cuando la muchedumbre, con demostraciones tan raras se ocupaba en solemnizar por los caminos y los campos, la venida de Jesús á Jerusalem, picados vivamente los Fariseos de la envidia se llegaron á él, y con semblante enojado le dijeron: «Maestro, reprende á tus discípulos por esta popular conmoción y aplausos de gente ignorante, que te han solicitado.» Mas respondióles con sereno rostro el Señor: «Certificoos que si callaren esos hombres, las piedras hablarían y dirían lo mismo que ellos: porque las aclamaciones y fiestas que me hacen, no se originan de diligencias que hayan hecho mis discípulos, sino de impulsos celestiales con que les inspira y conmueve Dios á que me reciban entre los regocijos que estrañais.»

Con este aparato triunfal entró Jesús en Jerusalem: alteróse grandemente con su venida la ciudad, porque estaba repartida en diferentes gremios de personas afectas y contrarias á Jesús. Muchos que no le habian visto preguntaban á los que venían acompañándole: «¿Quién es este que entra en una ciudad tan noble y populosa con triunfo tan solemne?» Respondían: «Este es Jesús, Profeta, natural de Nazaret, ciudad de Galilea.» Los Fariseos entonces corridos de ver la generalidad de lo aplausos que ciudadanos y extranjeros hacían á Jesús, unos á otros se decían: «¿No reparais que no hacemos contra este hombre diligencia de importancia? Mirad cómo el vulgo todo se va tras él.» Hacían alto en la envidiosa admiración de las celebraciones de Jesús, cuando debieran estas servirles de escuela para caminar al conocimiento de su Divino Ser y Soberana Monarquía.

CAPÍTULO XIII

YENDO JESÚS Á JERUSALEM LAMENTA SU RUINA



LEVÁNTASE entre la villa de Betsagé y la ciudad de Jerusalem el Monte de las Olivas, que por la cima de su eminencia da paso á los que caminan del uno al otro extremo; habiendo pues Jesús llegado á su cumbre dió vista á Jerusalem (interjacente el valle de Josafat) y al punto se le bañaron en lágrimas los ojos, no pudiendo contener en lo secreto del corazón los dolores y sentimientos excesivos que le causó la funesta representación de los crueles estragos que cuarenta años despues habia de padecer

aquella metrópoli de su nacion, arruinada y destruida por las armas y ejército de los romanos.

Ajeno pudo parecer al magnánimo pecho y constancia de Jesús, varon de todo punto perfecto, verle llorar y prorumpir en trenos lamentables, no ya en algun retiro entre las selvas ó peñascos, sino en la publicidad de aquel triunfo; pero quiso dar á su sangre y patria aquellas lágrimas á tanta luz para informar al mundo de la ternura y verdad con que la amaba; pues teniendo tan á la puerta la ignominiosa Pasion y cruda Muerte que dentro de seis dias le habian de dar los Judíos en sus palacios y sus montes la ponía en olvido, y solo despertaba en sí el lamento por la tribulacion que tantos años despues esperaba á la ciudad; tan cierto es que quien de veras ama, más que en sí está en lo que quiere bien.

Era Jerusalem poblacion insigne y poderosa en ciudadanos muchos y opulentos, prevenida de inexpugnables municiones, torres soberbias y castillos levantados en tres muros, ilustre por el culto del verdadero Dios que sola en la redondez del mundo celebraba, abundante de riquezas y tesoros, segura con la paz que gozaba en concierto y veneracion de las naciones; ciudad sacerdotal porque en ella estaba el milagroso Templo que levantó primero Salomon y despues del cautiverio de Babilonia reedificó Zorobabel y últimamente habia engrandecido Herodes Idumeo; ciudad real, porque en ella habian tenido su corte los Reyes de los Judíos desde el gobierno de David; profetal porque para su erudicion principalmente destinó Dios sus profetas y predicadores, pero afeaba tan incomparables hermosuras la obstinacion con que sus Pontífices y Príncipes se revelaban contra su Mesías, su Sacerdote máximo, su Rey natural, y su mayor Profeta Jesús.

Viendo pues, que una ciudad tan noble, privilegiada por su Dios, por su contumacia en repelerle habia de ser miserablemente arruinada, sintiólo en lo más íntimo del alma y sacóle á los ojos el dolor caudalosas lágrimas y entre los sollozos la dijo: «Oh tú Jerusalem! si como te nombras vision de paz pidieras vista á lo que hoy te ofrece Dios con mi venida, atendiendo como me aclaman estas turbas populares, tan manso, tan humilde y tan pacífico como te lo pudieran persuadir estos jumentos que para mi triunfo escogí, luego vieras que no viene á dominarte con altivez, quien para la ostentacion de su majestad elige animales que solo saben servir.

«¡Oh si abrieses los ojos donde reverbera tanta luz! ¡oh cómo me recibirian tus Pontífices, tus Magistrados y Doctores, porque conocieras claramente que solo vengo á remediar tus necesidades y ennoblecerte sobre todas las naciones! ¡Más de tres años han corrido desde que comencé á predicarte mi Evangelio; registra tu memoria y dime si en alguna de mis acciones esperimantaste severidad contigo ó con tus hijos ó viste en mi demostracion de aparecer corona temporal; de hombres humildes y pobres me conociste siempre acompañado, curando tus enfermos y socorriendo tus aflijidos: ¿de dónde, pues, te nace ese asombro de re-

cibirme por tu Rey y la pertinacia con que resistes ciega á tus prosperidades que con mi persona te entran por tus muros.

«Atraviésame el alma ¡oh ingrata y terca Jerusalem! el considerar que por la obstinacion con que en tus plazas negarás que soy tu Rey, escojiendo mal aconsejada de tu envidia, por tu solo Príncipe al Emperador de los Romanos enemigos tuyos; pues de libre te hicieron tributaria; y el estar viendo que estos mismo te pondrán tan apretado cerco, que fuera de las murallas que tienes levantarán otras para que no pudiendo salir tus ciudadanos de tí, que ya serás su cárcel, ni entrarles socorro de los lugares circunvecinos, dentro de pocos años que el sitio durará, te convertirás en horrendo sepulcro de tus hijos, plantando el ejército romano sus escuadrones y tremolando sus águilas en este mismo Monte de las Olijas que hoy levanto mis banderas, no solo de paz sino de paterno y dulce amor contigo, para darte más rigurosos los asaltos.

«Será el fin de la guerra, ¡oh ciudad infeliz! que esos mismos que en orden á crucificarme aclamarás tus dueños, sin misericordia te echarán por tierra; y las soberbias torres y muros que tanto te hermosean y en que fias, los arruinarán con odio tan sangriento que no dejen en ellos losa sobre losa, sillar sobre sillar; y tus hijos tan queridos antes de tu Dios los lamentarás ó muertos ó cautivos, derramados por las provincias del mundo como instrumentos vivos de tu durísima terquedad en malograr la ocasion que hoy se te entra por las puertas, pues vengo á visitarte amoroso, benéfico y compasivo, como suele el Rey natural á sus vasallos, el pastor á sus ovejas ó á su querida esposa el más amartelado esposo.»

Este tristísimo lamento cantó Jesús entre sollozos y lágrimas sin consuelo á la metrópoli de su nacion Jerusalem, considerándola tan á porfía rebelde á su mayor felicidad, ni pudo cantarle endechas tan dolorosas con voces no quebradas; porque teniendo tan partido de sentimiento el corazon, de necesidad pronunció no enteras las razones, la elocuencia del dolor, es decir, sin contesturas ni elegancia; así pues, gimió Jesús acompañándole en las lágrimas sus Apóstoles, ecos vivos de las querellas de su tierno y lastimado amor.

CAPÍTULO XIV

ENTRA JESÚS EN EL TEMPLO, Y SANA LOS COJOS Y CIEGOS QUE HALLA EN ÉL

BAJÓ del monte Jesús y habiendo caminado al Valle de Josafat acompañado de tan numerosa multitud, entró en Jerusalem y fué sin detenerse al Templo. Era movimiento natural ir tan buen Hijo á la casa de su Padre á comunicar con él en la oracion los negocios de la salud del mundo que ya ins'aban, y á celebrar á vista de todas las naciones que habian, concurrido á Jerusalem, aquel público reconocimiento y solemne adoracion que se debe á Dios en su Palacio. Pero como venia tan de fiesta y tan deseo de hacer mercedes, viéndose aclamado Rey, inclinó la voluntad de los ciegos y cojos que pedian limosna á las puertas del milagroso santuario á que le suplicasen les concediese la salud.

Con este interior impulso, levantando la voz los ciegos pidieron á Jesús al tiempo que entraba los sanase; y él con Imperio Divino los curó, quedando el concurso que le asistia maravillado de ver la felicidad con que obraba los portentos, confirmando con la esperiencia de estos, la fama y opinion de los demás. Radicados pues, con mayor firmeza en el crédito de la Divinidad de Jesús, se admiraban de que los Pontífices, los Sacerdotes y Fariseos tuviesen motivos para contradecirla, debiendo ser los primeros que con su autoridad la acreditasen, pues por su oficio les tocaba dar auténtico testimonio á la verdad.

Pero sucedió al contrario de lo que la plebe sencilla imaginaba; porque viendo los Pontífices Doctores los milagros que en su presencia y de la innumerable multitud habia hecho Jesús en la curacion de los enfermos, y á los niños que en los brazos de sus amas, como en cátedras; y á los de más edad, aunque tan corta que aun no podian pronunciar con prontitud las sílabas, discurriendo por el Templo, y cantando á voces: «Guarda, Señor, y prospera al Hijo de David.» se indignaron grandemente, y llegando turbados á Jesús le dijeron: «Maestro, ¿oyes lo que estos niños dicen? ¿Como te pagas de aclamaciones semejantes?» Respondióles Jesús: «Todo lo oigo y atiendo, y el testimonio de estos infantes es más precioso de lo que entendeis; porque decime, ¿nunca habeis leído en vuestra ley, que perfecciona Dios sus alabanzas articulándolas en los labios de los niños y de los que están á los pechos de sus madres? Luego estas aclamaciones que os parecen tan de ningun valor, informes son celestiales de mi Divinidad.»

CAPÍTULO XV

DESEAN VER Á JESÚS CIERTOS GENTILES, Y ÉL LO TIENE POR VISPERAS DE SU PASION

ESTABAN en Jerusalem muchos Gentiles, que de sus tierras habian venido á adorar al Dios de Israel como á uno de los suyos, en la solemnidad de la Pascua. Tenia entre los paganos cada provincia sus Dioses Pátrios propios de la nacion, y en este número ponian al Dios de Israel, juzgándole Pátria Deidad de los Judíos, y como tal le visitaban los Gentiles, á la manera que los de Grecia adoraban los Dioses del Asia ó de la Europa. Algunos de estos paganos con mejores impulsos se llegaron á Filipo, natural de Betsaida, ciudad de Galilea, y le dijeron que estaban con deseo de comunicar á Jesús. Recibiólos urbana y cortesmente Filipo y sin darles la resolucion, concibió el negocio con Andrés, como Apóstol mas antiguo y de mayor autoridad en el Colegio; y habiendo los dos tenido consejo sobre la peticion de los Gentiles la propusieron á Jesús.

Respondióles él: «No les cerreis la puerta á mi comunicacion, antes los traed á ella; porque si dudásteis que lo recibiria con amor, acordandoos que cuando os envié á predicar os dí orden que no entráseis en ciudad alguna de Gentiles, sino que solo predicáseis á los de la casa de Israel; ya es otra coyuntura y diferente ya mi providencia acerca de ellos; porque ya se llega la hora en que no solo de los Judíos, á quien por espacio de tres años se ha predicado el Evangelio, sino de los paganos tambien tengo de ser conocido y adorado en todo el mundo.

«Pero sabed que esta gloria la tengo de conseguir mediante mi Pasion, porque de la manera que el grano de trigo si no cae en la tierra y muere en ella, se queda solo y estéril, malogrando la fecundidad de su virtud, sin el verdor hermoso de sus hojas y la fertilidad de las cosechas: pero si muere y le sepultan, se vé rico y numeroso; así yo, si no muero me quedaré solitario en mi antigua majestad; pero muriendo, me gozaré multiplicado en la fé y adoracion de las naciones que con el vigoroso riego de mi sangre se convertiran en fértiles dehesas, donde crezca la exaltacion y gloria de mi nombre.

«Y á proporción de lo que me ha de suceder á mí asiento por ley estable en mi Evangelio que ninguno producirá frutos de eterna vida, sino es muriendo antes á su propio amor. Y de aquí nace que quien empeñadamente ama su vida y la defiende de la muerte, posponiendo á su conservacion la fé y amor que me debe, desamparando la predicacion de mi Evangelio (siendo Mi-

nistro de él, y ejecutándole la ocasion y necesidad de publicarle) perderá esa vida que tanto recató, pues no continuándose con la eterna, la vida temporal se desvanecerá: mas quien en este mundo aborrece su vida, que solo es buena para trocársela por la inmortalidad, esponiéndola á los peligros por mi fé, la guarda segura para gozarla eternamente.

«Quien tiene oficio y nombre de Ministro mio sígame por este árduo camino de la Cruz que quiero abrir: y esté cierto que se le dará lugar y asiento donde le tuviere yo, que será en la Gloria y Corte de mi Padre; porque en premio de haberme servido con valor, la frente descubierta, le honraré mi Padre á vista de sus Angeles, dándole trono cerca de mi; pero si alguno se desdenare de seguirme por los pasos de mis afrentas y muerte, ó por los temores de morir, me negare en presencia de los hombres, mi Padre le desconocerá por de su casa, y en compañía de los Angeles apóstatas le mandará lanzar en los abismos.

«Turbada siento el alma con la viva representacion de la muerte y sus horrores, que ya me cercan; y ya los siento, ¿y que diré para sosegarne, á dónde clamaré? Padre mio, mira por mí y librame de los asombros que en esta hora me amenazan. ¿Cómo suplico á mi Padre que me libre de los dolores de la muerte, si para padecerlos de acuerdo suyo vine al mundo, y los deseos de verme en esta hora me trajeron de los Cielos á la tierra? Padre mio, suplicote no atiendas al gemido de esta carne que vestí, y se espanta y estremece de ver tan cerca el horrible semblante de la muerte, antes atiende solo á glorificar tu nombre mediante mi obediencia; para que conozca el mundo, y en la ocasion presente estos Paganos, los tesoros de tu amor para con él, pues para rescatarle de la servidumbre del Demonio ofreciste á tu justicia la sangre de tu Hijo.»

Oyóse entonces una voz que sonaba de hácia los Cielos y decía: «Yo te he glorificado ya y otra vez te glorificaré.» Era este amoroso clamor del Padre Eterno que testificaba haber declarado á Jesús por Hijo suyo en el Jordán y en el Tabor y prometía honrarle como tal en su resurreccion con mayor asistencia de milagros. Oyeron el estruendo de la voz los que le acompañaban á Jesús, mas no percibieron bien lo que decía y así pensaron que habia sido trueno; pero otros con mejor afecto aseguraban que sin duda habia bajado á hablarle algun ángel. Desengañóles Jesús diciéndoles: «Esta voz que oísteis del Cielo vino, mas no bajó de aquel alcázar porque yo necesitase de ella sino por vuestra instruccion y para que esteis advertidos que se ha llegado ya la hora en que mi Padre me ha de honrar como á Hijo suyo y yo á él como á mi Padre.

«Porque dentro de breve tiempo se ha de hacer público juicio del mundo, que tan dueño ha sido de las voluntades de los hombres, encarcelándolos en sus calabozos con el mentido halago de sus vanidades y deleites; ahora el Príncipe ó tirano de este mundo que tan cautivos ha tenido los corazones humanos con las cadenas de la ambicion y las riquezas, será con ignominia arrojado de su imperio; y cuando le parezca que cantó victoria

contra mí, levantándose afrentosamente en un palo, entonces con mañosa y omnipotente valentía traeré á mi fé y adoracion todas las cosas que con engaños y oscuras artes habia conducido á su servidumbre y sujecion; y hallándose sin vasallos, se desvanecerá su Monarquía.»

Dijo estas razones Jesús significando el linaje de muerte con que habia de pasar de este siglo á los eternos, que seria levantado en una Cruz. Entendieron la frase los Judíos y así le replicaron: «Nosotros hemos oido á nuestros doctores, que el Mesías ó Cristo prometido en nuestra ley, ha de vivir para siempre. ¿Cómo, pues, diciéndo tú que eres Cristo y Mesías nos introduces por blason ó timbre tuyo que has de morir en una Cruz; y que en ella como en Tribunal de Justicia has de condenar al mundo y triunfar de su Príncipe ó tirano? Y todo esto dices que obrará el hijo del hombre; deseamos pues, saber quién es este hijo del hombre. Y si lo dices por tí, ¿por qué te atribuyes este título?»

Respondióles á esto Jesús: «Todavía teneis alguna luz, porque gozais de mis sermones y presencia; caminad con esos rayos aunque cortos, que os la dan, no sea que muerto yo á vuestras manos os cerquen por todas partes las tinieblas, de manera que no deis paso con acierto, porque quien anda en la oscuridad de la noche no sabe adonde pone el pié ni donde vá; mientras os dura y asiste esa limitada claridad, creed en mí que soy la luz del mundo, para que con verdad y provecho seais hijos de la luz y obreis como tales, resplandores de virtud.

«Digoos esto, porque lo que habeis concebido en mi Eternidad, es rayo de la fé que en mí teneis; pero anublado con la ignorancia ó error de que no puedo morir, siendo el Mesías; caminad pues, al rayo de la Fé que os persuade soy eterno; y llegareis á entender que juntamente soy mortal y he de morir en una Cruz por el remedio del hombre, triunfando en ella del mundo y del demonio que tiránicamente le tienen aprisionado en calabozos del vicio y del error; y cuando mediante mi doctrina penetrares el centro donde se unen estas verdades de mi eternidad y de mi muerte, gozareis entera luz y como hijos de ella obrareis creyendo perfectamente en mí; y entonces conocereis á mayor claridad quién es el hijo del hombre que escuchais, y que por honrar vuestra naturaleza me llamo así.»

Habiendo dicho esto Jesús á los Judíos penetrándoles el corazon, viéndolos armados de furors que ya les reventaban del pecho, quiso declinarlos y sábiamente se escondió de sus ojos, y con sus Apóstoles se retiró á cierto lugar seguro donde admitió la visita y conversacion de los Gentiles que le buscaban, dándoles algunas luces de su venida al mundo, de la esclavitud del linaje humano por la culpa, y de la redencion del hombre, que con su sangre habia de obrar el viernes muriendo en una Cruz. Así se alivió en alguna manera el Señor, de la mortal congoja que le causaba la inexorable obstinacion de los Judíos.

CAPITULO XVI

RESISTEN Á JESÚS PERTINAZMENTE LOS JUDÍOS

CASO es que escede toda admiracion, que habiendo Jesús hecho tan prodigiosas maravillas en presencia y favor de sus naturales en el discurso de su predicacion, no creyesen todos en él; y que se cumpliese en ellos lo que tantos siglos antes habia profetizado Isaías, dando quejas á Dios del mal logro de su predicacion. «Señor, le decia, ¿cuál de estos hombres ha creído á las palabras que en el retiro y secreto de la oracion te oimos y como tuyas les predicamos? ¿y á quién se ha dado á conocer con efecto el brazo poderoso del Señor? ¿Pero á quién, si todos se resisten pertinaces á su fé, y temerosamente se oponen á la luz? Cegó pues Dios los ojos y endurecióles á los infelices Judíos el corazon por su obstinada voluntad; esto es, como dice Isaías, permitióles al furor de sus aprensiones, para que con sus ojos no vean, y con su corazon no entiendan la verdad; y entendida se conviertan y los sane Dios de su perfidia.» Esto dijo Isaías cuando vió la majestad y gloria de Jesús sentado en trono alto y sublime asistido de Serafines; y habló de él, profetizando los misterios de su vida entre los hombres; maravillado de ver que á quien adoraban los Angeles más nobles repeliesen los Judíos.

Mas sin embargo de la terquedad que generalmente tenia cautiva la pérdida Nacion, mucha gente principal y poderosa, convencida de la evidencia de los milagros y sermones de Jesús, creyeron en él, confesándole por su Mesías; si bien por el temor que tenían á los Fariseos y Sumos Sacerdotes, recelándose no los escluyesen con ignominia de la Sinagoga, no protestaban en público su fé; apreciando indignamente en más su conservacion, que la gloria y confesion de la divinidad de Jesús, de que pendia el negocio de su dichosa eternidad.

Viendo pues, el Señor, la tibieza con que creian estos en él, salió de aquella sombra adonde por algun tiempo se habia retirado; y entrando confiadamente en el Templo, clamaba en él con vehemencia: «Quien cree en mí, cree tambien en él, que me envió al mundo á predicar; y quien me vé, mira en mí al que me envió, que es mi Padre y vuestro Dios; y así no hay razon para que nadie me adore cobarde en lo escondido. Yo siendo luz por mi naturaleza, vine á vivir entre los hombres, para que los que creyeren en mí no perseveren en tinieblas; antes saliendo de las sombras de la muerte, en cuya region moran incautos, pasen á climas de resplandores celestiales; haciéndose desde luego vecinos de la patria de la luz; y saliendo vestidos de ella á los ojos de este mundo, comenzando á ver con la que gozarán las verdades, que son el alimento de los Angeles.

»Pero si alguno, oyendo mis palabras, no se preciare de guardarlas, no soy yo quien le ha de condenar, porque no vine al mundo para eso, sino para redimir los hombres; quien me deshecha y no admite mi doctrina, ya tiene quien le juzgue y le condene; estas palabras que pronuncio y que me ois, le sentenciarán á muerte el dia último; y tendrá sus voces y ecos esta jurisdiccion y potestad; y es la razon, que mi Padre que es el supremo Juez las está articulando en mis labios, porque enviándome al mundo me comunicó lo que os habia de intimar. Oid pues, mis palabras y ejecutadlas con veneracion como quien respeta á sus Jueces, y entended que quien desprecia mi doctrina injuria á mi Padre, cuya es, y estoy cierto que sus órdenes y leyes son la vida eterna, porque encaminan á ella las almas. Sea pues, la cláusula de este sermon certificaros que lo que os intimo, os lo enseño de la suerte que me lo dijo mi Padre; y así no teneis excusa para no admitirlo y venerarlo.»

Acabó Jesús de predicar, ejercicio en que se habia ocupado desde que entró en Jerusalem. Siendo pues, ya declinado el dia, y casi puesto el sol, paseó gravemente los ojos por el concurso que le oia por ver si le convidaba alguno con su casa ó mesa; pero viendo que nadie salia á ello, antes todos se encogian y disimulaban entender la seña que les hacia su necesidad, acordó salir de la ciudad; y el que por la mañana habia entrado en ella con tanta pompa y regocijo, acompañado ahora de solos sus Apóstoles, se volvió á pié á Betania y allí pasó la noche en casa de Simon.

CAPÍTULO XVII

VUELVE JESUS Á LA CIUDAD, MALDICE UNA HIGUERA, Y ARROJA DEL TEMPLO Á LOS QUE COMERCIABAN EN EL

SALIÓ el lunes de Betania aun no bien entrado el dia, y volvió á Jerusalem, que como ya le faltaban espacios breves de su vida, solicitaba con celo más ardiamente la iluminacion y provecho de las almas, fin principal de su venida. Caminando pues, á la ciudad sintió hambre, originada sin duda del cansancio que habia padecido el domingo, predicando desde la mañana hasta puesto el sol sin tomar refresco en tantas horas de fatiga, volviendo á Betania á pié y pasando la noche en oracion; pero la principal raiz de aquella hambre fué haberla querido padecer Jesús, y despertádola en sí para que le molestase y le diese ocasion de instrucciones soberanas.

Vió algo lejos una higuera copada de muchas verdes ramas, fué para ella por si tenia alguna fruta de sazón con que desayunarse, mas en llegando cerca, vió que no tenia sino hojas,

ni á la verdad era tiempo que tuviese higos, porque esto sucedió á veinte y uno de Marzo, cuando comenzaba á despuntar la primavera; más sin embargo la echó su maldicion Jesús diciéndole: «Nunca jamás lleves fruto ni alguno le coma de tí; y al momento se secó la higuera: prodigio raro fué que advirtiéndolo Jesús de que no era tiempo de que tuviese fruta á aquel árbol, le condenase á estéril para siempre: pero yendo Jesús á padecer, quiso mostrar con aquel enojo cuán fácil pudiera aniquilar á sus enemigos delincuentes contra su Divinidad, quien en un árbol inocente pudo por solo su querer obrar los últimos estragos.

Llegó á la ciudad, y habiendo ido como acostumbraba al templo, echó de él á los que compraban y vendían animales de que se habian de hacer los sacrificios; y arrojó por tierra las mesas de los que en ellas tenían dinero para prestarle con usuras, y también las cátedras ó asientos de los que vendían palomas para sacrificarlas; y no consentía que por el Templo se llevase cosa alguna de unas á otras partes, diciendo á voces. «Respondedme, Judíos, no está escrito en vuestra ley. *Mi Templo es casa de oracion para todos los pueblos y provincias; y vosotros siendo los más obligados á guardarle decoro, pues os le fió mi Padre le habeis hecho cueva de ladrones?* Considerad, pues, con quienes habla esta sentencia, y cómo instruis en su veneracion á los Paganos que vienen religiosos á adorar á Dios en este santuario.»

Oyendo esto los Príncipes de los Sacerdotes y Doctores de la Ley, bramaban de envidia y odio contra Jesús; pues á los motivos que antes tenían para aborrecerle y exécrarle, se acrecentaban ahora las pérdidas de los emolumentos é intereses que se les recreaban de las compras y ventas que por su orden ó permission celebraban en el Templo; y ardiendo en estas iras, buscaban oportunidad para quitarle la vida, sin que lo supiese el pueblo; porque no se atrevían á cometer aquella impiedad en público, reconociendo que en la plebe era tenido en gran veneracion; ignominia intolerable que los Sacerdotes se atrevían á Dios, cuando la plebe indocta le venera. Todo aquel día se ocupó Jesús en predicar en el Templo, y cuando ya el sol se ponía, de la manera y por las causas y accidentes que el domingo se volvió á Betania.

CAPÍTULO XVIII

CONVENCE JESUS SU DIVINIDAD CON EL BAUTISMO DE JUAN



OLVIÓ Jesús el martes á Jerusalem y en el camino llegando al paraje de la higuera á la que el lunes antes habia echado su maldicion, vieron los discípulos que estaba seca desde la raíz, de que no poco se admiraron y aun se lo advirtieron diciéndole: «Maestro, repara como se ha secado la higuera que maldijiste ayer.» Mas él los instruyó en las valentias de la fé: «Os maravillais, les dijo, de que con una palabra haya secado este árbol, cuando más florido ostentaba lo hermoso de sus ramas? Pues sabed, que la misma virtud tendrán las que vosotros pronuncieis con viva fé en mi poder, porque entonces mi omnipotencia se pasará á vuestros lábios y obrareis lo que pudiera yo.» De todo sacaba divinas moralidades Jesús; mostrando que aun los pedernales tienen fuego y luz en sus entrañas y que tocándoles el golpe del eslabon, quiebran en centellas y en fulgores.

«Tened pues, prosiguió Jesús, esta viva fé en los aprietos que os ocurriesen y todos se desvanecerán; porque os aseguro que si con ella dijere alguno á este monte que de raíz se arranque de su sitio y vuele por los aires á arrojarse en medio de ese mar, y fiando de mi poder tuviere por cierto que ha de hacer lo que le manda, lo verá al momento cumplido.» Respondió Jesús esto á sus discípulos por no empeñarse en declararles entonces el misterio que contenia aquella maldicion fulminada contra la impia Sinagoga, representada en la higuera fértil de inútiles hojas de sacrificios y ceremonias legales, pero sin fruto de caridad, de santas obras y de fé, cuando su Mesías y Dios en persona iba á buscarlas en ella.

Llegó Jesús á la ciudad, entró en el Templo y comenzó á enseñar al pueblo. Andaban los Príncipes de los Sacerdotes, los Magistrados de la plebe y Doctores de la Ley deseosos de quitarle la vida, pero ni hallaban causa ni coyuntura de poderlo ejecutar; porque el pueblo todo estaba pendiente de sus lábios y le defenderian aunque aventurasen sus haciendas y personas. Conspiraron pues, en venir con acompañamiento y estruendo de ministros adonde estaba Jesús y le preguntaron imperiosamente con qué autoridad predicaba y con qué jurisdiccion habia el día antes hecho tan absolutas y rigurosas ejecuciones en el Templo.

Fundábase esta jurídica pregunta en que á la dignidad del Pontífice ó Sumo Sacerdote tocaba la materia de los sacrificios que en el Templo se habian de ofrecer á Dios, dando la forma de